

# AYUDAS, PERO NO SEGUROS

El vagar sin excesiva reflexión por los campos de la publicidad puede dejarnos una feliz conciencia de terrícolas afortunados, huéspedes de un reino y de un tiempo donde mujeres más hermosas que nunca, recentísimas de salón de belleza, comparten con los varones del triunfo la finura de las perlas y la fuerza veloz de los jaguares, el frescor chispeante de las bebidas bajo el sol de las vacaciones perpetuas, la exactitud implacable de los relojes sumergibles. Sólo si afinamos el oído hacia esa fronda rumorosa (pues la alta publicidad no grita: murmura) sospecharemos en el cuidado concierto la nota falsa, la fisura, una ominosa rendija por donde la armonía quiebra. Tomémoslo como cosa natural, porque una felicidad inatacable no sería de este mundo, ni siquiera del mundo inventado -pintar como querer- por los magos de la sociedad de consumo.

En estos últimos días a mí me ha parecido advertir un creciente del miedo, ese miedo que se produce precisamente cuando no columbramos catástrofes colectivas y nos anegamos en el egoísmo del bienestar más ferozmente individual. Los psiquiatras saben algo de estos problemas de la felicidad. Y cualquiera, sin mayores títulos, podrá hablar como experiencia propia del pinchazo con que al cumplimiento de un fuerte deseo, largamente alimentado, se opone el negro presagio de «para lo que me va a servir», «a saber si lo podré disfrutar». Porque realmente se haya registrado un aumento o porque mi estado de ánimo lo resalte, hoy tropiezo con diversos avisos. Se me induce -interesadamente, por supuesto- a formas de habitación menos mortíferas que las contaminadas de los centros ciudadanos. Vuelven los balnearios, y no es arriesgado predecir a sus aguas utilizadas a pie de fuente el mismo éxito -fabuloso- que han alcanzado en botellas para tomar a manteles. Y, sobre todo, la medicina preventiva. Un anuncio promete chequeos especiales para gerentes y ejecutivos, lo cual me parece una discriminación inquietante. Me tranquilizo pensando que yo no soy ni lo uno ni lo otro, aunque, más o menos, todos ejecutamos algo. Y -siempre en el mismo día- me sobresalta una pregunta impresa que como un dedo rígido parece hundirse en mi pecho, a la altura del corazón:

«¿Respira usted mal?»

Yo no me había propuesto jamás el problema de si respiro mal o bien. A decir verdad, nunca me había dado cuenta de que respiro. Y ahora no sé qué decir, más de cuarenta años tomando el aire y devolviéndolo, sin enterarme. Y preguntan más: si prevengo el infarto de miocardio. Es que la vida sedentaria -me aleccionan-, la tensión

nerviosa, los excesos intelectuales, todo ello malvivido dentro de una atmósfera impura, conspiran contra mi oxigenación, o sea contra mi vida. Debo, pues, aprender a respirar... como respiran los anglo-escandinavos. Quizás acabe matriculándome.

Lo que me parece muy injusto en esto de la medicina preventiva es la desolación con que suelen acogerse sus supuestos fallos, que no lo son de ninguna manera. Ya se sabe que un coche recién salido de revisión general -en esos petulantes talleres que anuncian «diagnosis»- se nos niega por menos de nada, sólo a la vuelta de la esquina. Pues también hay quien se para sin remedio a pesar del dictamen fresco y tranquilizador de las computadoras. Y es que contra «eso» pueden existir ayuditas, pero no seguros. (De paso, qué impropiedad llamar seguros de vida a los seguros de vida.) Ni estamos en Cuaresma ni esto es un sermón, pero siempre es momento para el recuerdo de que lo nuestro es ir de camino, que decía el poeta y ahora suscriben sus corifeos electrónicos. Pero ni siquiera. Lo propio del hombre es la inseguridad. El no saber el cómo, ni el cuándo, ni el por dónde hemos de pasar.

**Antonio PEREIRA**